

## INCORPORACION DEL ACADEMICO DON JOSE AGUSTIN DE LA PUENTE CANDAMO

*(Sesión pública del 9 de setiembre de 1982)*

### REFLEXIONES SOBRE LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA DEL PERU

*Por José Agustín de la Puente Candamo*

En este acto, en el cual por desmesurada generosidad de los señores académicos me incorporo como Miembro de Número de esta Corporación de tanta historia en la vida del Perú, domina en mi ánimo un íntimo entretejido de gratitud y de recuerdos.

Gracias a usted Señor Director, y a los señores académicos, quienes en muestra espontánea e ilimitada de amistad, me han invitado a ingresar a esta Academia.

Permítame, igualmente, que me una a usted con unas palabras que digan mi homenaje a Don José Jiménez Borja.

Maestro, señor en el uso del idioma, en la tertulia, en la amistad; sirvió al Perú con su enseñanza, ejemplo y sabiduría.

Cristiano de verdad y sin alardes, hombre que se esforzó por pasar inadvertido, fue notable, sin duda, contra su voluntad.

Gracias a Don Aurelio Miró Quesada Sosa, quien ha aceptado pronunciar el discurso ritual en respuesta a las palabras mías.

Llego a esta Academia con timidez y con respeto. No soy filólogo, ni lingüista, ni creador en el campo de la vida literaria. Lo único, que puedo ofrecer precario entre las manos es la dedicación de buena parte de mi vida a la enseñanza de la Historia del Perú.

Entiendo mi incorporación a la Academia Peruana de la Lengua no como una respuesta a los frágiles títulos de una persona, sino como el homenaje a un oficio. El oficio de enseñar Historia del Perú.

Desdeñada, mal entendida, ocasión de tedio en muchos y de alegría en otros, el ejercicio de enseñar Historia del Perú no tiene en nuestra sociedad la alta ubicación que merece. Sin embargo, la conciencia histórica de un pueblo, tema que consideraremos esta noche, está ligada irrevocablemente al conocimiento de la Historia del Perú.

Quisiera convocar en el recuerdo y en el agradecimiento a quienes fueron mis profesores y maestros en el Colegio de la Recoleta y en la Universidad Católica, y que expresarían con mayor dominio la dignidad de nuestro oficio y magisterio.

Y quisiera, asimismo, unir a esta memoria a todos los que fueron y son mis alumnos desde 1947, en la Universidad Católica; sin la enseñanza que recibí de ellos, y sin la experiencia que adquirí en el trabajo docente, no estaría en esta mesa y no pronunciaría este discurso.

Paso al tema de mi incorporación. ¿Cómo se vive la Historia Nacional en el ambiente peruano? ¿Cuál es la relación entre la enseñanza de la Historia del Perú y la vida de los peruanos?

Presentaré el testimonio de mi experiencia personal como profesor de Historia del Perú, y las observaciones que en su día presentaron unos y otros estudiantes.

Un peruano que luego de sus estudios escolares, se dedica al trabajo en el comercio o en la industria, o que ingresa a la Universidad, qué idea tiene del Perú. En otras palabras qué es el Perú para ese peruano tipo.

El Perú, se podría decir, tiene un contenido múltiple. Es el ámbito geográfico, es el conjunto de informaciones que se reciben en el colegio, es la realidad expresada en símbolos que comprometen nuestro afecto, es el Estado mismo, son nuestras costumbres. En fin, las diversas caras de una realidad nacional pueden presentarse sin término.

Pero hay algo más. El Perú como vinculación con el pasado; el Perú como compromiso humano; el Perú como un conjunto de realidades que merecen una apreciación; el Perú como vocación, como tarea que justifique una vida en común; el Perú, en fin, como una realidad social cierta que necesita el trabajo de todos para su perfeccionamiento. Estas serán las facetas de lo nuestro que estudiaremos frente a la actitud concreta del ciudadano peruano de nuestra hora.

### *¿Qué significa el Perú para un hombre de nuestro tiempo?*

Los profesores de Historia del Perú en el colegio o universidad ofrecemos una información de las cosas nuestras y un criterio para el estudio del Perú. No obstante ésta no es la única enseñanza que recibe un contemporáneo. La sociología y la política estudian el pasado con su criterio y su metodología. La prensa, la radio, la televisión, directa o indirectamente, presentan, asimismo, una visión del pasado peruano y con más frecuencia una interpretación del presente con un presunto apoyo en el pasado.

El peruano mismo, examina, observa en la vida diaria, la inmediata realidad del Perú. No del Perú solemne de libros, discursos y ceremonias; sino del Perú de todos los días, de los temas diminutos y mayores.

El profesor de Historia no es el único medio de formación, en su propia disciplina.

La interdependencia del mundo actual; la simultaneidad de información, el entretreído de historia, ideología, política, de los grandes hechos de nuestra hora, aumentan los riesgos de confusión de criterios o de información equivocada.

Es útil, en un breve esarceo, mostrar algunos casos de la vivencia de lo peruano en nuestro mundo y en nuestra gente.

Responsabilidad de los planes de estudios, de los textos escolares, de la eficacia misma del magisterio, tal vez no hay debate si se afirma que el hombre peruano contemporáneo vive una deficiente, incompleta o deformada información del pasado peruano.

Ubicación cronológica de los grandes hombres y de los grandes sucesos; correspondencia de nuestra vida con la del resto del mundo; transformación de nuestras actitudes y de nuestras formas de conducta; es muy frágil y superficial el dominio de todo este variado conjunto de temas históricos. Tal vez los grandes momentos más significativos de nuestra historia, por su grandeza o por su sufrimiento, no convocan la necesaria atención.

Se puede advertir una peculiar antinomia. Por un lado se descubre una admiración en muchos casos frívola o aparente frente a un testimonio concreto de la vida nuestra, y de otro lado hay un cierto desdén o desinterés frente a lo que tiene que hacer con la afirmación profunda de las cosas peruanas. Se habla con entusiasmo de las telas de Paracas, de la cerámica Mochica o de un ejemplar barroco de nuestras grandes ciudades andinas, pero no existe la profunda solidaridad con el pasado y con la proyección del Perú.

Otro grave matiz que los profesores advertimos en preguntas o en diálogos entre los estudiantes, y que en la

edad madura adquiere mayor fuerza, es la visión unilateral y polémica de la vida nuestra. Aquí podemos advertir la presencia de quienes crean un estilo de lucha, una oposición en el estudio de nuestra historia. Están presentes los que ven al Perú solamente incaico o solamente español; quienes aprecian todo el pasado nuestro en función de la simpatía o del desafecto que les despierta uno u otro personaje notable. Están, igualmente, quienes reducen la Historia del Perú a una etapa de nuestra vida de acuerdo con los íntimos sentimientos personales.

Esta interpretación de la historia sometida a una idea, un hombre o un hecho; esta visión que podríamos denominar instantánea o singular, está muy ligada a una interpretación política de nuestra vida. Se aprecia el pasado como debió ser de acuerdo con los ideales políticos de quien formula el estudio.

En otras personas, en otros ambientes aparece una admiración distante de nuestro pasado sin consecuencias en la vida diaria, o se muestra una adhesión simplemente afectiva, sin un sólido apoyo en el conocimiento de la historia y en la presencia de ésta en la vida de todos los días.

A las observaciones anteriores sobre ignorancia, confusión, frente al conocimiento histórico, se puede añadir de manera expresa una especie de divorcio entre el hombre y su historia.

En la vida diaria, en costumbres domésticas, en ilusiones de la gente joven, en comparaciones intrascendentes, aparece un conjunto de actitudes escépticas o pesimistas.

No obstante nuestra circunstancia personal mestiza, se vive en el país desconocimiento o subestimación de esta *realidad*, y se conserva viva una apreciación que advierte en el hombre blanco a una persona superior.

Un gravísimo conjunto de errores se agrupan en este tema. En primer término ignorancia frente a un hecho muy claro; como los peruanos con más de dos o tres gene-

raciones en nuestro país somos mestizos aunque los signos de la antropología física no lo demuestren.

En segundo lugar, en la literatura peruana, y en el examen de la propia acción personal cuánta información se puede recoger sobre este tema de la falsa interpretación de nuestro ser mestizo. Desdén en el costeño frente al hombre andino y uso de vocabulario denigrante y ofensivo; desconfianza en el hombre andino frente al costeño, y en uno y en otro, en múltiples casos, la búsqueda del arquetipo en el hombre blanco.

Múltiples explicaciones se pueden ofrecer para interpretar este fenómeno. La supremacía del blanco desde los días de la conquista; la concentración en éste —aunque ya fuera mestizo en su realidad íntima— de una mayor autoridad económica y política; la influencia de hombres, libres, costumbres europeas; mas, sobre todas las razones, la que se encuentra en el alma de muchos de nuestros problemas: ignorancia de la propia historia, ignorancia de cómo en esa historia nos hemos formado como hombres y como pueblo; deformación, en otros casos, del propio pasado.

No se rechaza, como es obvio, nuestra inserción en la cultura de Occidente, dentro de nuestra forma americana y mestiza, ni se desconocen los altos méritos de la cultura europea, incorporados a nuestra vida; lo que se quiere anotar es la desconfianza frente al ser mestizo; en otras palabras, la inseguridad que genera la subestimación de lo propio.

Un mosaico de costumbres, ideas fijas, esquemas mentales, están aquí entrelazados. Al no tener conciencia de nuestra propia personalidad y de nuestro propio signo y vocación, aparece en cuestiones grandes y en temas pequeños una u otra forma de perplejidad frente a nuestras propias soluciones, frente a nuestras propias realizaciones. Se desdeña la manufactura nuestra; se desconfía de una y

otra institución; no se cree en el cumplimiento de la ley; se violan las normas conforme manda el propio egoísmo; se proclama que en éste u otro asunto no se va a realizar la justicia; reitérase desde los días juveniles que la influencia puede más que la propia preparación; se hace alarde, en fin, de la habilidad para improvisar y de las soluciones del último momento. Es frágil la misma solidaridad y es mayor el egoísmo.

Del mismo modo que quien ignora su vocación o vive falsamente otra, es un hombre inseguro e impregnado de tristeza, sin rumbo sin objetivos claros, la comunidad humana sin conciencia de su origen de su ser mismo, de su destino, caminará siempre con pisada insegura y con dudas permanentes sobre su propia calidad, sobre su propia naturaleza.

Puede decirse que todas las deformaciones y errores descritos tienen su origen en una falta de conciencia histórica, que es una manera solemne de decir que hay separación, corte, entre el hombre y su historia.

No olvidemos que la ubicación limpia en la propia historia es un elemento indispensable para la serenidad del hombre. No olvidemos, igualmente, que el inmigrante deja de serlo cuando lo gana la historia, cuando lo asume la historia de la nueva tierra, igual que el colonizador español dejó de serlo, como lo recuerda Ortega, el día en que lo asumió el mundo americano.

Signo de nuestra enseñanza, del esfuerzo diario del hombre joven y del hombre maduro, debe ser la vuelta a las fuentes mismas de la formación de la nacionalidad. Ahí, y en la ruta que sigue la historia, y no por otro derrotero, se puede encontrar la claridad suficiente para mirar cómo la sociedad mezclada, el hombre y la sociedad mestizos, son la clave para entender no sólo la historia, sino el presente mismo.

En esta línea que tiene algo de confianza en voz

alta, creo que no es impertinente decir que los diversos modos de ruptura con la historia han creado un tono de pesimismo en la vida peruana, que no se puede desconocer. Pesimismo que tiene su raíz en la ignorancia de la propia vida.

El diagnóstico no es negativo. Quiere que la idea nacional y el afecto patriótico, encuentren su apoyo, no en el sentimiento pasajero, sino en la propia vida y en el pasado de la comunidad.

*¿Cuál es el origen, cuál la causa de este pesimismo?*

*¿Por qué la ruptura entre el hombre y su propia historia?*

*¿Es el fracaso de la enseñanza de la historia?*

Sin desconocer la responsabilidad de quienes trabajamos en el magisterio, múltiples factores económicos, políticos, sociales, intervienen en la deformación de la historia o en un falso vínculo entre el hombre y su historia. El ambiente no favorece una comunicación simple y fluida entre el profesor y el alumno. Esta comunicación sufre en nuestra hora profundas interferencias.

*¿Por qué y desde cuándo el pesimismo nuestro?*

Múltiples hipótesis pueden formularse. Podría hablarse de cómo el hombre peruano desde épocas remotas hasta la Independencia vive dentro de un sistema autoritario; podría decirse que el abuso de los malos funcionarios crea un clima de resentimiento y desconfianza; alguno podría mencionar que formas diversas de nostalgia de un tiempo u otro de nuestra historia, crean inseguridad o vacilación; podría decirse, en fin, en un registro sin término, que el mal ejemplo de la anarquía republicana en diversos mo-

mentos suscita en el hombre nuestro una forma de resignación frente al mal gobierno como algo endémico en la vida peruana.

Algunos instantes o algunos hechos trascendentales de nuestra historia pueden ayudarnos a penetrar en la búsqueda de las fuentes de nuestro pesimismo.

El hombre incaico primero y el andino mestizo más tarde tienen cerca el recuerdo de la conquista y es frecuente la evocación del Imperio del Cuzco; en el Inca Garcilaso y en la serenidad personal que quiere imprimir a su obra se conjuga el llanto frente a la grandeza perdida con la esperanza en la vida nueva que se ha ganado; en los mestizos que viven injustas postergaciones en los primeros siglos de la colonización, queda sin duda una semilla de congoja, igual que en los criollos que sufren en muchos aspectos la preeminencia del español peninsular.

Al lado de estas notas de contradicción se puede mencionar el equilibrado recuerdo del cual es testimonio el Mercurio Peruano a finales del siglo XVIII.

La hora de esperanza y de temores de Emancipación, la presencia en nuestro suelo de caudillos y ejércitos de Sudamérica con el desgaste material, psicológico y moral que representa, es factor que no puede desdeñarse al construir un cuadro de la actitud del hombre peruano. En ángulos extremos de un planteamiento crítico, en los primeros decenios de la República pueden mencionarse los nombres de Felipe Pardo y Bartolomé Herrera. En Pardo está clara una coordinación entre ironía, broma y escepticismo. "Pueblo soberano", "el ministro y el aspirante", "el reformador y el eco", "la Constitución Política", registran en el meollo del razonamiento una clara desconfianza frente a la obediencia, frente a las instituciones nuevas. En Herrera está la preocupación por la soberanía, la norma. Los nombres de Lazo y Vigil deben unirse a estos recuerdos.

La imprevisión y la anarquía penetran progresivamente

en el ánimo de los peruanos y crean una forma de retrato negativo frente a las posibilidades de un gobierno con estabilidad. El sufrimiento por el desorden administrativo y político, provoca desesperanza.

El análisis de la guerra con Chile; la revisión de las causas remotas e inmediatas; la precisión de responsabilidades y culpas —no se debe omitir a González Prada— todo aumenta el tono ácido y crítico de esa hora, que alienta simultáneamente el espíritu de trabajo y la voluntad de renacimiento de la República, forjados y acrecentados en los años de lucha y de tantos dolores.

Podría, en fin, pensarse en otro factor. La lección de una política internacional en la que se olvida la inteligencia y el empeño nacionalistas de juristas y políticos, frente a penosísimas mutilaciones territoriales.

No es infrecuente advertir, sobre todo en la gente joven, comparaciones de orden material entre nuestro ambiente y otros medios con mayor adelanto, y no atender, al mismo tiempo, a la totalidad del comportamiento humano para obtener así una apreciación armoniosa.

En esta memoria triste de fenómenos negativos podría consignarse otra reflexión que aparece en tertulias y ensayos. Cómo explicar que el Perú que tenía universidad e imprenta cuando ni siquiera existían algunas de las grandes ciudades que representan hoy los más altos escalones de autoridad y de poder, se encuentre en nuestra hora entre los pueblos en vía de desarrollo, o con desarrollo desigual. Frente a esta pregunta con evidente poder de convencimiento, no se menciona que nuestro menor adelanto material y el mayor progreso de otras regiones, son asuntos que deben estudiarse en el contexto y en la interrelación de la Historia Universal, y no como el fracaso de un pueblo.

Los temas planteados y otros más, y otros argumentos y otras reflexiones podrían presentarse para desentrañar las causas del mencionado pesimismo nuestro.

en el ánimo de los peruanos y crean una forma de retrato negativo frente a las posibilidades de un gobierno con estabilidad. El sufrimiento por el desorden administrativo y político, provoca desesperanza.

El análisis de la guerra con Chile; la revisión de las causas remotas e inmediatas; la precisión de responsabilidades y culpas —no se debe omitir a González Prada— todo aumenta el tono ácido y crítico de esa hora, que alienta simultáneamente el espíritu de trabajo y la voluntad de renacimiento de la República, forjados y acrecentados en los años de lucha y de tantos dolores.

Podría, en fin, pensarse en otro factor. La lección de una política internacional en la que se olvida la inteligencia y el empeño nacionalistas de juristas y políticos, frente a penosísimas mutilaciones territoriales.

No es infrecuente advertir, sobre todo en la gente joven, comparaciones de orden material entre nuestro ambiente y otros medios con mayor adelanto, y no atender, al mismo tiempo, a la totalidad del comportamiento humano para obtener así una apreciación armoniosa.

En esta memoria triste de fenómenos negativos podría consignarse otra reflexión que aparece en tertulias y ensayos. Cómo explicar que el Perú que tenía universidad e imprenta cuando ni siquiera existían algunas de las grandes ciudades que representan hoy los más altos escalones de autoridad y de poder, se encuentre en nuestra hora entre los pueblos en vía de desarrollo, o con desarrollo desigual. Frente a esta pregunta con evidente poder de convencimiento, no se menciona que nuestro menor adelanto material y el mayor progreso de otras regiones, son asuntos que deben estudiarse en el contexto y en la interrelación de la Historia Universal, y no como el fracaso de un pueblo.

Los temas planteados y otros más, y otros argumentos y otras reflexiones podrían presentarse para desentrañar las causas del mencionado pesimismo nuestro.

No obstante puede citarse un registro parejo de grandes momentos de ilusión o de esperanza. Sin mencionar edades remotas, el advenimiento de la Independencia; el gobierno en manos nuestras; los años de sosiego y de señorío del Perú en América que podríamos encarnar en la persona de Castilla; la esperanza en un gobierno presidido por las instituciones y no por el caudillaje personal; los años de estabilidad democrática que se inician en 1895; el aliento de estudio de los asuntos nuestros que vive en la generación del novecientos; avances innegables dentro de nuestras limitaciones y pequeñeces, en los campos de la educación, de las comunicaciones, de la vivienda, de la salud, de la seguridad social; avances, igualmente indudables en el rigor técnico de instituciones nuestras que quieren dominar la improvisación y las veleidades personales.

Si bien en el orden moral el hombre no tiene el derecho a ser pesimista y a ver con encogimiento el futuro, aun en las circunstancias más graves, si avanzamos en el tema, el balance de nuestra sociedad y nuestra República no nos invita al decaimiento. Con abrumadoras notas negativas, encierra un conjunto no menos abrumador de vencimiento de obstáculos, de dignidad frente al sufrimiento, de voluntad de trabajo, de discreción humana, de habilidad personal, que deben alentarnos a dominar toda forma de abatimiento.

Sin soslayar los defectos, limitaciones o deformaciones de nuestra enseñanza, toda la responsabilidad no es del magisterio. El ambiente, los prejuicios, las costumbres, crean un clima que no es propicio, que no permite una labor docente que domine tantas ideas previas, y tantas actitudes sentimentales, frívolas.

*¿Cuál es la respuesta que podemos ofrecer los profesores de Historia del Perú a tanto pesimismo, ignorancia, des-criterio?*

Pienso poco a poco, lentamente, con el medio adverso, el único camino para destruir la dicotomía entre el hombre y su historia, el único camino para que nuestra gente gane una cabal conciencia histórica, es orientar nuestra enseñanza en contorno de dos grandes cuestiones. La primera, *comprender lo que es el pasado*, y lo que significa para la historia de un hombre y de un pueblo. La segunda, *orientar nuestra enseñanza en función de un solo gran tema, la formación de la sociedad peruana*, en otras palabras, *la formación histórica del Perú*.

Si el alumno no entiende por qué estudia historia; si le agobian los nombres y las fechas; si en los exámenes se le invita a una respuesta objetiva y de simple repetición de memoria; si se le dice que la Historia del Perú es importante porque vivió en nuestro país un hombre ilustre, un soldado heroico o un hombre venerable por su virtud; si se le explica que nuestra sociedad fue muy rica, que tuvo señorío sobre toda América y que fuimos en días remotos muy justos y más tarde perversos; si las clases de un profesor presentan a un Perú de leyenda dorada que el alumno no descubre, y las enseñanzas de otros hablan de nuestra sociedad como si fuera la más retrasada e indigna de la tierra, cómo no asombrarnos que más tarde el hombre maduro que recibió semejante formación no sea pesimista.

Y si se añade a lo dicho, la negativa visión de lo nuestro que viene de publicaciones no estrictamente historiográficas, se entenderá muy bien la separación entre hombre e historia que está en la raíz de este discurso.

Muy distinto será el cuadro de nuestra relación con la historia si en primer lugar se explica por qué estudiamos historia, por qué estudiamos el pasado.

El pasado no desaparece; un hecho, una persona, pierden su presente, se desrealizan pero perviven en el futuro, como dice Javier Zubiri. "posibilitando nuevas posibilidades". "Nunca lo que alguna vez fue deja de ser íntegra-

mente, el pasado no vive en el presente sólo como un recuerdo sino como parte de nuestra misma realidad”, añade el mismo Zubiri.

Nosotros estudiamos el pasado, estudiamos su historia, porque es parte de nuestra vida misma, porque explica cómo fuimos antes y cómo se ha definido la realidad de la hora presente. Aunque parezca contradictorio, conocer la historia es una buena manera de comprender el mundo contemporáneo que nos rodea.

Si parafraseamos a Américo Castro podríamos decir “los peruanos, cómo llegamos a serlo?”.

La respuesta la podemos descubrir en el estudio del pasado de nuestra sociedad, que a través de los siglos ha creado nuestro mundo, nuestro ambiente.

Una idónea interpretación nos indica, primero, que el pasado no nos es ajeno, que nos pertenece; segundo, que en el pasado se ha formado nuestra sociedad, a través de los siglos; que no es creación de un grupo de hombres, de un caudillo, o de un momento deslumbrante.

No por nostalgia, no por afán de revivir el pasado, que sería una perturbación; no por descontento de nuestro presente que debemos vivir con alegría; por una razón intelectual y lógica debemos afirmar nuestra solidaridad con el pasado, lo que no quiere decir que sea responsabilidad nuestra, o que ese pasado fuera bueno o fuera malo; simplemente se expresa que el pasado es nuestro, que no nos es extraño.

“No hay raza de las que habitan el territorio ni hay época de los sucesos realizados en él que puedan considerarse ajenas a nuestra idea de patria, y cuyo olvido o desprecio no enflaquezca y menoscabe el sentimiento nacional. El estudio de todas ellas debe integrar y ahondar el patriotismo, porque todas ellas componen el cuerpo y el alma del Perú”.

Reitero la idea central que deberíamos recibir en la

familia y en la escuela: en la historia, en el pasado, en el ejercicio de la libertad que Dios concede al hombre, se forma una nación. Este concepto elemental, de verdad obvia, no se vive y éste uno de los fundamentos de la ruptura con la historia.

Ruptura de verdad anormal en todos sus extremos, dado que el pasado es elemento integrante de nuestro ser fuera y por encima de afecto o desagrado. Como tantas veces se ha repetido a través de los siglos, y no es retórica, quien niega al pasado de algún modo se mutila, se desconoce, se niega a sí mismo. Desde todos los planos es un caso de anormalidad en el orden de la concepción misma de la historia y de la relación del hombre con su propio pasado. Y ninguna de estas violaciones carece de efecto. El hombre o el pueblo que ignora o niega su propio origen vivirá con vacilaciones, dolor, incertidumbre.

Otro matiz importa puntualizar. Sobre todo en las generaciones jóvenes se imputan las desgracias presentes a las generaciones anteriores, y se niega el pasado porque se le advierte, con error o acierto, origen de muchos males. Y aquí hay que reconocer un descriterio más en el planteamiento. Que el pasado haya encerrado múltiples injusticias o errores puede ocasionar que lo estudiemos o lo vivamos con comodidad o desagrado, mas de ninguna manera autoriza su negación. El pasado es nuestro no por un juicio de valor; no por sus virtudes o sinsabores, sino porque ahí encontramos nuestro origen; porque es parte de nuestro ser.

Grave y difícil tarea ésta de descubrirle al hombre lo que él vive y tal vez no advierte. La ruptura entre el hombre y la historia concluirá el día que se entienda la vigencia del pasado en la vida de todos los días.

Y pasemos al segundo punto. Cómo encarar la historia, la enseñanza de la formación histórica del Perú.

Es indispensable una premisa. ¿Al hablar del Perú, de quién hablamos?

Hablamos de la sociedad peruana de más de diecisiete millones de habitantes, que se independiza de España en 1821 y que durante ciento sesentiún años ha luchado por el dominio de su territorio, ha participado en primera persona en el mundo internacional, ha defendido en guerras y embates jurídicos la herencia que recibió de siglos y milenios, ha formado un tipo humano que convoca a toda la sangre del mundo, y con sombras terribles, con avances y con penosas caídas continúa en la lucha por una sociedad en que la injusticia sea menor; hablamos además de este Estado de ciento sesentiún años, de una nación que comienza a formarse cuando se encuentra en nuestro territorio el hombre andino, el hombre español y el hombre africano; y hablamos, en fin de una patria peruana, Patria quiere decir padres, muy vieja, milenaria. Si bien la nación peruana principia a formarse en el siglo XVI, pertenece a nosotros, a nuestro recuerdo, a nuestro cariño y a nuestra sangre, todo lo que ha sucedido en nuestra tierra desde que el hombre, miles de años atrás comenzó a vivir en ella y a dominarla.

El Perú, como se ha dicho e importa repetirlo siempre, es un Estado joven, una nación más que secular, una patria milenaria.

En nuestro trabajo advertimos a dos grandes personajes. El hombre peruano y la sociedad peruana. El hombre peruano de indefinibles características antropológicas, y que sólo se le podría presentar como hombre mezclado que a las tres fuentes originales del siglo XVI, ha incorporado a su caudal sanguíneo, en el siglo XIX y en nuestro tiempo, el aporte asiático y otros menores en volumen, latinos y anglosajones.

Si bien el mestizaje biológico es fenómeno habitual en la historia del hombre, en el caso peruano es la mezcla la que va a conceder, con otros múltiples testimonios, forma y contorno a lo que entendemos como peruano.

El segundo personaje es la nueva sociedad que principia a formarse en el siglo XVI. La nueva actitud humana que no es española, incaica, africana; que es, de verdad, una sociedad distinta, original.

Hay que superar un gran tropiezo que perturba al estudiante y al maestro. El tropiezo se encuentra cuando intentamos juzgar, insensiblemente, actitudes, leyes, personas, y formular elogios dogmáticos o anatemas igualmente sólidos.

Otro obstáculo se encuentra en el carácter imperfecto y heterogéneo de esta nueva entidad social. En un siglo virreinal, como ahora, la observación advierte cómo en el medio peruano hay muchas formas de mezcla, hay muchas maneras de ser mestizo en la realidad biológica y en el ambiente cultural y en las costumbres; mas, importa penetrar en el núcleo mismo, en el meollo de la mezcla y descubrir cómo en la riquísima variedad de nuestra vida existe un "fondo cultural común" en la triple mezcla primigenia, que evidentemente no se desarrolla ni por la presencia humana, ni por circunstancias sociales, históricas, geográficas, de modo idéntico en todos los rincones del Perú.

La variedad no niega el hecho básico y esencial de la mezcla. *El encuentro humano y cultural entre el hombre español y el hombre incaico, es muy rico; complejo y muy difícil.* Son dos tipos humanos ambos con mestizaje denso, con historia milenaria en la lucha y en la afirmación de la vida en su propio territorio, con vocación estética muy vieja actualizada de modo distinto pero con prestancia en cada caso, con organización social igualmente muy diversa pero seria y compleja. Todo este conjunto de elementos y muchos más suscitan al mismo tiempo matices, tropiezos, transformaciones, cambios, pervivencias en el proceso del mestizaje. Es, pues, un mestizaje pletórico, muy difícil, arduo.

Ahora se desprende otra reflexión. En muchos pueblos

andinos es frecuente observar formas prehispánicas que deben entenderse no como manifestación de impermeabilidad cultural, sino como muestra de la dificultad de la mezcla por la riqueza de los mundos que se encuentran. Además, el mestizaje no es el término, no es la muerte de lo anterior, sino la transformación, el renacimiento de algo.

Planteadas las precisiones anteriores, cuál debe ser nuestra tarea. Al lado de la explicación de los hombres, de los hechos, de las instituciones, de la colonización, explicar con la mayor claridad posible cómo principia a formarse un mundo nuevo en todas las facetas de la vida. ¿Qué no se transforma en la sociedad nuestra desde el siglo XVI?. Las comunicaciones y la técnica agrícola y minera; el paisaje que se enriquece con árboles, flores y frutos; el quechua y el español registran nuevas palabras; nace una arquitectura, una pintura, una artesanía, en fin, testimonios de un nuevo ambiente. ¿Acaso no cambia la vida doméstica con la presencia del libro, de los muebles, de nuevos temas de conversación y de la difusión del Evangelio?

Pero aquí aparece inmediata la objeción. Se dice que el esquema anterior es válido para las sociedades cultas de la costa o de los Andes y que el hombre andino agricultor sigue impertérrito inmerso en su exclusivo mundo de recuerdos singulares.

Evidentemente que todos los elementos culturales de la mezcla no se van a vivir sino en ambientes alfabetos de medios urbanos o rurales adelantados; sin embargo, el aislamiento absoluto no es el hecho cultural común. Sí, de otro lado, hay que reconocer, como antes se dice, que la vigencia de elementos culturales prehispánicos, cierta en muchos grupos andinos, no es prueba de un apartamiento de la historia.

Vuelvo a consideraciones anteriores. Hay que aceptar que el mestizaje no es un molde rígido sino un renacimiento humano y social que gana tanta actualidad y

características propias, cuantas aparecen en las fuentes del proceso.

Tal vez si ponemos énfasis en el hombre común y en las transformaciones de las costumbres, descubriremos cómo el proceso histórico del Perú antes que político es un asunto de forma de vida; de una nueva forma que lentamente se gana, con muchas escorias, con muchas imperfecciones.

No hay duda alguna sobre las injusticias, defectos, voluntad de dominio, pretericiones humanas y múltiples otros aspectos opacos del mundo histórico en el cual germina la sociedad peruana. No se afirma ningún juicio de valor como una sentencia irrevocable. Simplemente se explica que entre injusticia, aciertos, limitaciones, errores múltiples, se actualiza una sociedad que no es incaica ni española, sino distinta de ambas y solidaria con las mismas.

Si usamos el lenguaje de Vidaurre, en los días precursores de la Independencia, podríamos decir que "basta tener ojos" para reconocer una nueva forma de sociedad.

Para estudiar la formación de nuestra comunidad debemos esforzarnos por entender en el orden de la inteligencia, aparte toda nota afectiva, que si negamos lo incaico o lo español, mutilamos el ser mismo del Perú. Esta solidaridad con los dos grandes aportes creadores del Perú, tal vez es impertinente reiterarla esta noche, por clarísima y cierta; no obstante, es frecuente en el comportamiento diario de los peruanos, ese afán de elogio o de diatriba que fracciona al país e impide toda forma de solidaridad con la historia, porque se la conoce mal, no se la quiere, o se la imagina de una manera que nunca existió.

La solidaridad con la historia se ganará cuando el hombre entienda cómo ha creado a su pueblo y cómo sus propias características son obra de la historia. Si seguimos este camino sí se podrá hablar de conciencia histórica.

La solidaridad con el pasado no significa aprobación de lo que antes ha sucedido, ni conformidad con tiempos

antiguos. Simplemente define un origen, una continuidad que el hombre debe esforzarse porque sea menos imperfecta.

*Existe otra veta de observaciones, de cuestiones.*

Las variantes en nuestro mestizaje antes señaladas, las peculiaridades excepcionales ciertas, permiten manifestar a algunos que la sociedad peruana no existe, y que son diversas las realidades nacionales que conviven en un mismo territorio.

La observación anterior se apoya en un hecho cierto que es la variedad en el tronco común y de este fenómeno desprende una absoluta pluralidad.

Como antes se manifiesta, el Perú es una realidad social e histórica compleja y con factores peculiares; no obstante, estas peculiaridades no niegan el cauce común, ni la historia común, ni el futuro que debe llevarnos, igualmente, a un fortalecimiento de la comunidad en la variedad.

Aquí procede la pregunta que muchos pueblos se han planteado en el transcurso de su historia. ¿Qué justifica la vida común? El origen en una historia, igualmente común, que en el futuro debe acrecentar los elementos de unión y no las peculiaridades que puedan separarnos. La alternativa es primaria. En el futuro fortalecemos los elementos mestizos que nos unen, o fortalecemos las características regionales para la disociación nacional.

Se cuestiona, asimismo, la llamada historia común. Se dice que la historia andina ha continuado paralela en una observación distante, ausente del proceso de transformación, de creación de la sociedad peruana. Aquí también existe un forzamiento de los hechos. El mestizaje en todas sus fórmulas llegó a los rincones de los Andes y produjo expresiones culturales distintas del mestizaje costeño, pero semejantes en el fenómeno de la mezcla misma.

No hay varias historias del Perú. Hay una sola, com-

pleja, que por distintos caminos y con ropaje distinto y con vocabulario diverso y con costumbres particulares y con recuerdos específicos, llega a una misma meta que es la sociedad contemporánea que descubre en la comunidad racial y cultural su única explicación.

Cuando se apela a una historia, creadora de una forma de vida en común, no se pretende sostener que esa forma de vida inalterable existiera desde siglos. Precisamente se sostiene que el Perú actual, el único, es fruto de una sociedad en proceso de perfeccionamiento y que comenzó a integrarse en el siglo XVI.

En este recuerdo de objeciones diversas, especialmente en las generaciones más jóvenes, se arguye que este planteamiento de la sociedad mestiza es como una forma implícita de justificación de las limitaciones e injusticias de nuestra sociedad.

Decimos que la sociedad peruana encuentra su diferencia específica en el mestizaje incaico español africano, y que este consorcio debe perfeccionarse para que la conciencia histórica del mismo sea nítida e inequívoca. No sostenemos que la sociedad actual sea perfecta o ajena a errores y deficiencias. Los agobiadores problemas de nuestro mundo en el orden de ingreso personal, de la estabilidad de la familia, de la educación, de la salud y de la vivienda, del comportamiento moral, no pueden negar la verdad de nuestro mundo histórico. Mundo el nuestro con dramáticas limitaciones humanas, pero cierto, que no es una falsificación, ni una falacia.

Precisamente el perfeccionamiento del mestizaje y la plena realización de la justicia, son los dos grandes temas que en términos solemnes integran la vocación del Perú.

Debemos fortalecer nuestra solidaridad, fomentar la conciencia de lo que somos. Es curiosa la situación del hombre peruano. Es mestizo y no sabe que lo es; o torpemente y sin fruto alguno niega su mismo ser. Igual, y

como efecto, la sociedad vive de espaldas a su verdadero ser histórico.

Primerísima tarea de nuestro tiempo es reconocer nuestra realidad personal y nuestra personalidad comunitaria, dentro del sentido de totalidad de la Historia del Perú.

Si en todas las horas de la vida de un pueblo es necesidad imperiosa la clara conciencia histórica del mismo, en nuestro tiempo la urgencia es redoblada. El crecimiento de nuestro país; el mayor entretrejo con todos los pueblos de la tierra; la presencia a través de noticias, espectáculos, libros, de costumbres y formas de vida que responden a otra jerarquía de valores; la interrelación ideológica y la voluntad de influencia de unos sistemas o de otros, que es un signo de nuestro tiempo; todo obliga a un fortalecimiento de la propia personalidad para que nuestra gente, y sobre todo la juventud, gane clara conciencia de su historia y de su vocación.

Y hay algo más ajeno a todo optimismo retórico. En el contexto de las múltiples limitaciones y deficiencias que en este discurso hemos recordado, hay que recordar, asimismo, la personalidad histórica de nuestro Estado; el carácter histórico de la República. La soberanía nuestra no responde a negociaciones políticas, ni a artificios de equilibrio internacional. El Perú, como los países hispanoamericanos viejos, no es fruto de un triunfo transitorio, ni de una hazaña memorable, es consecuencia de una larga historia que enriqueció en el antiguo Imperio Español propias personalidades nacionales. En el caso de la Independencia Hispanoamericana, la comunidad humana imperfecta y con múltiples limitaciones, pero con limpia singularidad, es anterior a la organización política. No es retórica decir que las nuestras son Repúblicas históricas.

Y aquí aparece otra reflexión. Precisamente el nacionalismo nuestro no se opone sino que nos lleva de la mano a la comunidad andina e hispanoamericana que en-

cuenta en la historia la enseñanza de la unidad. Si ésta se quiere apoyar en la economía solamente, o únicamente en la política, todo será diálogo vacío y armonía aparente. En cambio si se fortalece la conciencia de la propia personalidad de cada pueblo, y de hispanoamérica en conjunto, las discrepancias, los recuerdos dolorosos, las contradicciones de intereses, se vivirán con un espíritu y tono distintos, y el fortalecimiento de cada nacionalismo perfeccionará la comunidad histórica y cultural de nuestros pueblos.

Y la historia tiene otra palabra que decir en la hora presente. La lucha por nuestro desarrollo, la mejora de todos los valores en las estadísticas, todo será incompleto o superficial si no adquiere claridad la conciencia histórica del hombre peruano. Enseñar Historia del Perú con seriedad; enseñar Historia del Perú sin intención política que use datos y las ideas para los propios intereses de un grupo; enseñar Historia del Perú para que el alumno comprenda, como en la historia de la propia familia, cómo han madurado nuestras costumbres y cómo se ha formado nuestra sociedad; enseñar, en fin, Historia del Perú con rigor y con limpieza, no es tarea accesoria o desdeñable en la vida peruana.

Igual en una familia. Puede consignar altos índices en el orden económico, en el orden de la vivienda y de la salud, mas, si en ella no hay afecto, jerarquía de valores y sentido de permanencia, ahí sólo existe un grupo humano sin unidad; no es una familia.

El desarrollo nacional sin conciencia histórica es tarea vana e imposible.

Conciencia histórica sin enseñanza cabal de la propia historia, es igualmente tarea imposible.

El profesional, el obrero, el empleado, en primer término debe ganar madurez en la profesión de ser peruano. En esta profesión la Historia del Perú deja una huella intransferible.

Obra de civilizaciones que buscaron en cada caso una interpretación total del mundo, con una antigüedad milenaria y con experiencia ejemplar en el dominio del territorio y en el descubrimiento de la belleza, con el tono humano de nuestro estilo, sereno y discreto, ajeno a efusiones excesivas, de pocas palabras, enemigo de la estridencia y del barullo, con la quiebra de tantos principios morales o con el olvido de los principios, nuestra sociedad tiene reservas en su misma historia y tiene ejemplos no muy distantes para recuperar la energía necesaria y vencer tanta prédica iconoclasta y tanta lección negativa que en los últimos lustros ha querido deformar la Historia del Perú.

Los profesores de Historia del Perú y todos los peruanos debemos rechazar el pesimismo que aniquila, como posiciones triunfalistas que crean un mundo artificial. Nuestro esfuerzo debe limitarse a estudiar la verdad por encima de todo, y a cultivar entre nuestros alumnos la serenidad sin la cual la vida de la inteligencia es una quimera.

La historia puede ofrecer una palabra de concordia. El pasado nos enseña cómo leyes injustas, ambiciones personales, voluntad de poder, egoísmos inflexibles, han dividido a nuestra gente; mas, la misma historia nos dice cómo hay ricos valores comunes que rescatar, cómo debemos subrayar nuestra comunidad de sangre, nuestra lucha por dominar un territorio muy duro. No debemos olvidar que los recuerdos nos congregan y que el mestizaje nos enseña armonía en la unión de factores humanos y sociales diversos.

La historia, en el esfuerzo por comprender el pasado —que es su tarea— observa los sucesos con la sobriedad que ofrece la distancia, afirma lo esencial, omite lo superfluo y lo que mancha, elimina aristas y residuos, y asocia en su estudio y afecto a quienes en su día lucharon con denuedo, sin saber que trabajaban por caminos distintos al servicio de un ideal común.

Igual que en el esfuerzo de los Incas la unidad de territorios del Imperio es objetivo esencial; del mismo modo que en el tiempo de la colonización el germen de una forma de vida distinta es el quilate superior; si Garcilaso se esforzó en el Cuzco por encontrar una explicación a su vida misma y al mundo que veía naciente; del mismo modo que los hombres del Mercurio Peruano entendieron nuestro no sólo la época española sino el tiempo incaico y las borrosas edades anteriores; igual que los hombres que ganaron la Independencia advirtieron que la tarea más grave era fortalecer las nuevas instituciones y evitar la anarquía; con el mismo espíritu con que nuestros abuelos trabajaron para levantar el país de la postración, hace cien años; con análogo empeño al de la generación del novecientos que trabajó el tema peruano, nosotros en nuestro día, debemos ganar y transmitir confianza en el Perú y en la propia personalidad mestiza de nuestro pueblo.

Con el desarrollo, la meta de la hora presente es la conciencia clara de nuestro ser mestizo.